

Wiley Cash

**El oscuro camino
hacia la misericordia**

Traducción del inglés
de Celia Montolío

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*A todas las familias,
sean como sean.*

«El lugar de donde vienes ya no está, el lugar al que creías que ibas jamás existió, y el lugar en el que estás no te sirve de nada a menos que puedas alejarte de él. ¿Dónde hay un lugar en el que puedas estar? En ninguna parte... Nada exterior a ti te podrá dar un lugar... El único lugar que tienes es el que hay, aquí y ahora, en tu interior».

FLANNERY O'CONNOR, *Sangre sabia*

Easter Quillby

Capítulo 1

Wade se esfumó de nuestras vidas cuando yo tenía nueve años, y más tarde apareció de la nada el año que cumplí los doce. Para entonces me había pasado casi tres años oyendo cómo mamá le echaba la culpa de todo: desde que nos cortasen la luz hasta que Ruby y yo no tuviésemos zapatos nuevos para ir al colegio, y para cuando volvió yo ya tenía bien claro que era el fracasado que mamá siempre había dicho que era. Pero resulta que era mucho más que eso. También era un ladrón y, de haber sabido qué tipo de gente lo andaba buscando, jamás, para empezar, habría permitido que nos sacase de Gastonia, Carolina del Norte, a mi hermana pequeña y a mí.

Mis primeros recuerdos de Wade son de cuando mi madre me llevaba al estadio de béisbol de Sims Field, mucho antes de morir. Mamá señalaba el campo y decía: «Ahí está papá». Yo no tendría más de tres o cuatro años, pero todavía hoy me veo mirando el campo interior y a los jugadores, que me parecían todos iguales con sus uniformes, y preguntándome cómo iba a distinguir a mi padre en un partido de béisbol si era idéntico a todos los demás.

Ahora se me hace raro pensar en esto, porque el día que decidió volver a por nosotras reconocí a Wade nada más verlo sentado en las gradas frente a la línea de primera base. Para mí siempre había sido Wade, porque no me pegaba llamarle «papá» ni «papi» ni nada de lo que se supone que deben llamar los niños a sus padres. Los padres a los que los llamaban así hacían cosas por sus hijos que ni se me pasaba por la cabeza que Wade fuese a hacer por nosotras. Lo único que había hecho por mí era darme una hermanita llamada Ruby y la suficiente cantidad de historias como para que

mamá se pasara el resto de su vida contándolas, pero mamá se murió justo antes de que yo cumpliera los doce, y esa fue la única razón de que Wade viniese a buscarnos a Ruby y a mí.

Acababa de llegar a la tercera base, y no me costó nada hacer como que no lo veía allí sentado. Levanté la vista lo justo para ver a Ruby en el banquillo, esperando a que le llegase el turno de chutar¹. Estaba de espaldas a las gradas y aún no lo había visto; puede que ni siquiera lo hubiese reconocido de haberlo hecho.

Viendo a Ruby y a Wade nadie habría adivinado que estaban emparentados, pero lo mismo podría decirse de nosotras dos. Ruby era clavadita a mamá. Tenía el pelo moreno, ojos castaño oscuro y la piel bronceada incluso en invierno. Yo era todo lo contrario: el pelo, rubio rojizo y liso como una tabla, y una piel con más papeletas para quemarse y llenarse de pecas que para ponerse morena. Ruby era preciosa; siempre lo había sido. Yo era clavadita a Wade.

Aparte de Wade, las gradas estaban vacías; eché un vistazo al campo y vi que los demás chavales todavía no se habían fijado en él. Al final de la cuesta que había a mi derecha, la señora Hannah y la señora Davis estaban charlando en el patio del colegio. Aún no lo habían visto. Pero no tuve que esperar mucho a que alguien lo descubriese.

—Mira a ese hombre de ahí —dijo Selena. Jugaba de tercera base y estaba encorvada, las manos en las rodillas. Era negra, como casi todos los chavales con los que nos juntábamos al salir de clase y como casi todos los que vivían con nosotras en el hogar. Llevaba unas trenzas muy gruesas, recogidas con unas gomitas de esas que llevan canicas; tintineaban cuando movía la cabeza. Habría querido pedirle que me hiciera el mismo peinado, pero mi pelo era demasiado fino para que se me quedasen las trenzas; y casi era mejor así, porque Selena era más alta que yo y además parecía mucho mayor, y me ponía tan nerviosa que me sentía incapaz de hablarle—. ¿Qué hace ahí sentado mirándonos?

No sabía si me estaba hablando a mí o si solo estaba pensando en voz alta.

¹ Están jugando al *kickball*, deporte muy similar al béisbol, pero sin bates ni guantes, en el que la pelota se chuta. (*Todas las notas son de la traductora.*)

—No sé —dijo al fin. Me miró como si se hubiese olvidado de que estaba a su lado en la base. Recé una pequeña plegaria para que no se fijase en que Wade y yo nos parecíamos, y me sorprendí de- seando, de nuevo, parecerme más a mamá, como Ruby.

Un chico de tercero, Greg, se preparó para golpear, y aunque algo me aconsejaba que no lo hiciera, corrí hacia el *home plate* en el mismo instante en que chutó. La pelota simplemente volvió rodando hacia el pícher, y me eliminaron en el *home plate*. Me fui al banquillo, pero con la cabeza gacha y sin mirar hacia las gradas. Me notaba la cara caliente y sabía que estaba roja como un tomate, y quise pensar que si me sentía tan avergonzada era solo porque me habían eliminado en el *home plate*, y no porque todo esto hubiera sucedido delante de Wade.

Ruby estaba sola en la otra punta del banquillo, columpiando los pies. Al acercarme, se pasó el pelo morenísimo por detrás de las orejas, subió una mano y me esperó.

—Choca esos cinco —dijo. Me senté a su lado sin decir nada, y después me incliné y me sacudí el polvo de las deportivas. Ruby dejó la mano colgando sobre mis rodillas—. Choca esos cinco —repitió.

—Para chocar los cinco, la mano tiene que estar en alto.

—Vale —dijo—. Pues entonces choca los cinco por lo bajo.

Le di una palmadita en la mano, y al alzar la vista vi que Marcus estaba en el campo interior, mirándome desde la segunda base. Llevaba un jersey blanco de los Cubs con el nombre y el dorsal de Sammy Sosa. El curso escolar acababa de empezar y solo era el tercer viernes de agosto, pero Mark McGwire ya se había anotado cincuenta y un *home runs* frente a los cuarenta y ocho de Sosa. Marcus y yo estábamos apoyando a Sosa para que llegase a sesenta y dos y fuese el primero en batir el récord de Roger Maris. Me sonrió, pero aparté la mirada como si no lo hubiera visto. Me puse nerviosa y me recogí el pelo en una coleta, dejándola caer sobre mis hombros. Cuando volví a mirar a Marcus, seguía sonriendo. No pude evitar sonreír un poco yo también, pero de repente oí una voz que susurraba mi nombre.

—¡Eh! —dijo la voz—. ¡Easter!

Era Wade. Estaba apoyado contra la parte exterior de la valla, más o menos a mitad de camino hacia la primera base. Ruby se

quedó observándolo unos instantes y después me miró a mí. Wade sonrió y nos hizo señas para que nos acercásemos.

—¿Es...? —empezó a preguntar Ruby, pero la interrumpí antes de que pudiese acabar.

—Tú espera aquí —respondí, levantándome del banquillo.

—Easter —dijo Ruby. Se puso en pie de un salto como si pensara seguirme.

—Que esperes aquí —insistí. Me miró sin decir nada y después se volvió hacia la parte de la valla donde estaba Wade. Señalé el banquillo y la observé mientras se sentaba de nuevo. Se cruzó de brazos como si la hubiese regañado—. Vuelvo enseguida —dije. En lo alto de la cuesta, la señora Hannah y la señora Davis aún no lo habían visto. Me arrimé a la valla y fui siguiendo la línea de base.

Wade iba con una vieja gorra azul de los Braves, y el pelo, del mismo tono rubio rojizo que el mío, le asomaba por detrás de las orejas. Los pelos de la barba le tapaban la cara y le bajaban por el cuello, además llevaba una camiseta verde y unos vaqueros salpicados de pintura blanca. Levantó la mano que tenía apoyada en la valla y me hizo un gesto a modo de saludo.

—Eh —dijo, sonriendo. También sus manos estaban cubiertas de pintura blanca.

Antes de acercarme, hice un alto, me crucé de brazos y apoyé el hombro contra la valla. No quería que Wade pensara que me alegraba de verlo de repente, que podía presentarse a la salida del cole cuando le viniese en gana sin que pasara nada. A decir verdad, no quería ni mirarlo.

—¿Estás intentando integrar la Liga Negra? —preguntó. Se rio como si el chiste también tuviese que hacerme reír a mí, pero no lo hizo. Apartó las manos de lo alto de la valla y se las metió en los bolsillos.

Miré al campo, donde la entrada estaba a punto de terminar. Marcus se fue del campo interior hacia el banquillo que estaba al otro lado del *home plate* sin quitarme ojo. Parecía preocupado, y quise sonreír y decirle que no pasaba nada, que conocía al hombre que estaba hablando conmigo, que sabía lo que hacía, pero por otro lado no quería que se pensara que estaba haciéndole señas para que se acercase a interesarse por mí. No quería que conociese a Wade. Volví a mirarlo, sin descruzar los brazos.

—¿Qué haces aquí?

Suspiró, arqueó las cejas y miró hacia el campo exterior antes de mirarme a mí.

—Me he enterado de lo de vuestra madre —respondió.

—¿Te has enterado hoy?

—No, hoy no. Hace ya tiempo.

—Cuando dices «hace ya tiempo», ¿significa que deberías haber venido a su funeral, que, por cierto, fue visto y no visto? ¿Significa que deberías haber venido antes a ver cómo estábamos, antes de que nos enviasen a un hogar de acogida?

—No —dijo—. No tanto.

—El tiempo suficiente como para no hacer nada.

—Nada, hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —Solo decirlo me hizo reír. Descrucé los brazos y me di la vuelta para irme al banquillo, donde Ruby estaba esperándome.

—Espera, Easter —dijo—. Quédate a hablar conmigo un minuto, solo un minuto. —Se había sacado las manos de los bolsillos y agarró la tela metálica de la valla.

—Tengo que salir al campo —repuse, y fue decirlo y pensar que sonaba como una frase que podría haber dicho alguien en una peli justo antes de que ocurriese algo bueno o algo malo, para que supieras si iba a acabar bien o no.

—Solo quiero pasar un poco de tiempo contigo y con tu hermana —dijo.

—No puedes. Es demasiado tarde.

—Ya sé que parece demasiado tarde, pero sois lo único que tengo.

«Sois lo único que tengo»: se lo había oído a mamá millones de veces, pero lo decía cada noche al arroparnos o cuando nos llevaba a la parada del autobús por las mañanas. A veces lo había dicho cuando me la encontraba llorando en nuestra antigua casa a las tantas de la noche. Me agarraba y me abrazaba como si intentase consolarme a pesar de que era ella la que estaba llorando, y se mecía y me decía que todo iba a salir bien. Cuando me soltaba, me iba de su dormitorio y volvía a mi cama, donde me quedaba tocándome el camisón, notando la humedad que habían dejado sus lágrimas. Miraba a Ruby, que estaba dormida, y oía la voz de mamá repitién-

dolo una vez más: «Sois lo único que tengo». No soportaba ver llorar a mamá, pero siempre supe que lo decía de veras. En cuanto a Wade, no sabía a qué se refería cuando lo decía, y me daba la impresión de que él tampoco.

—Ya no nos «tienes» —dije—. Renunciaste a nosotras. He visto el papel ese que firmaste, ahí lo dice; por eso estamos en un hogar de acogida, Wade.

Apartó la mirada cuando lo llamé por su nombre. Después parpadeó muy despacio.

—Ya lo sé, y lo siento. Pero eso no significa que no podamos pasar un poco de tiempo juntos.

Giré la cabeza y vi que la entrada ya había empezado y que Jasmine había ocupado mi puesto de parador en corto.

—Genial —dije—. He perdido mi sitio. —Me volví de nuevo hacia Wade—. Y ¿cómo se supone que vamos a pasar el tiempo?

—Bueno, no sé. No te vendría mal trabajar un poco las carreras. —Se alejó de la valla y se frotó los brazos; después se tocó las orejas, y por último la punta de la nariz—. Estaba intentando ayudarte desde aquí, pero supongo que no me has visto. —De nuevo empezó a frotarse los brazos.

—¿Qué haces?

—Te estoy haciendo una señal. Te estoy diciendo que te mantengas en la base, que te quedes exactamente donde estás. Era imposible que esa chica larguirucha la fuese a sacar del campo interior. Todavía conozco el juego, Easter. Podría venir algún día a sacarnos y pasábamos un ratito aquí en el campo dándole a la pelota, parando pelotas rasas... —Sonrió como si pensara que era la mejor idea que jamás se le había ocurrido a nadie.

—¿A sacarnos? ¿Como si fuéramos un libro de la biblioteca?

—No, como un libro de la biblioteca, no. Me refiero a que vendría un día a recogeros, a pasar el día contigo y con Ruby.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Porque no lo permiten las normas. No puedes venir a por nosotras así por las buenas.

—Pero ¿qué tipo de lugar es ese en el que estáis? —preguntó.

—Un hogar de acogida para menores en situación de riesgo —se le oyó decir a Ruby. Miré a mi derecha y vi que estaba a mi

lado, tan cerca que me pareció increíble no haber notado su cuerpo pegado al mío. Clavó la vista en Wade como si le tuviera miedo, como si le creyera capaz de atravesar la valla y llevársela al otro lado a través del alambre.

—Te dije que te quedaras allí. —Le di un empujoncito con la cadera para que volviese al banquillo, pero no se movió, y tampoco le quitó los ojos de encima.

—¿Menores en situación de riesgo? —preguntó Wade—. ¿Qué riesgo corréis vosotras? ¿No será uno de esos sitios en los que los menores se rayan y se lían a palos?

—No se llama así —dije—. Eso se lo ha oído a los chicos del cole. No es más que un hogar de acogida.

—Estupendo —respondió Wade. Se apartó de la valla de un empujón y se llevó las manos a la cadera—. Espero que sepáis que no vais a pasar mucho tiempo ahí metidas. Alguien vendrá a sacaros..., seguramente os adoptarán a las dos juntas porque sois hermanas. Seguro que las próximas en marcharse seréis vosotras.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque sí —dijo, con una voz que sonaba como si ya debiera saberme la respuesta. Miró al resto de los chavales que estaban en el campo de juego y después volvió a mirarme a mí—. Vosotras sois blancas.

Oí que alguien me llamaba, y al darme la vuelta vi que la señora Davis bajaba por la cuesta hacia nosotros, caminando más deprisa de lo que lo habría hecho de haber sido todo normal. Al ver que la miraba, subió los brazos y volvió a gritar mi nombre. La señora Hannah se había quedado en el patio, pero estaba más cerca del colegio que antes y me di cuenta de que nos estaba observando para ver qué pasaba una vez que la señora Davis llegase al campo.

—Probablemente llamen a la policía —dije.

—¿Ah, sí? —dijo Wade, sonriendo—. ¿Por hablar con vuestro padre?

—No saben quién eres —respondí. A continuación miré a Ruby—. Nosotras tampoco. —La cogí de la mano y volvimos al banquillo. No miré atrás, pero por la manera de andar de Ruby noté que había girado la cabeza para mirar a Wade—. Venga —dije, tirándole de la mano para que caminase más deprisa.

La señora Davis había llegado al pie de la cuesta para cuando volvimos al banquillo y nos sentamos. Pasó a nuestro lado de la valla y se puso en cuclillas delante de nosotras. Tenía la piel color canela y el pelo corto y rizado, y llevaba gafas con cristales muy gruesos.

—¿Quién era ese hombre con el que estabais hablando? —preguntó.

Miré hacia la parte de la valla donde se había quedado Wade, pero ya no estaba.

—No lo conozco —dije. Puse la mano sobre la rodilla de Ruby—. No lo conocemos ninguna de las dos.